

MAX SCHELER

**SOBRE EL PUDOR
Y EL SENTIMIENTO
DE VERGÜENZA**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2004

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Tradujo y realizó la *Presentación* Ingrid Vendrell Ferran
sobre el original alemán *Über Scham und Schamgefühl* (1913)

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2004
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1513-7
Depósito legal: S. 221-2004
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2004

CONTENIDO

<i>Presentación</i> , por Íngrid Vendrell Ferran	9
--	---

SOBRE EL PUDOR Y EL SENTIMIENTO DE VERGÜENZA

<i>Introducción</i> : El «lugar» del pudor y el modo de existencia del hombre	17
1. Precondiciones para la aparición de la vergüenza corporal	23
2. Vergüenza y sentimientos similares	35
3. Las formas fundamentales del pudor. Doctrinas sobre el origen del pudor	55
4. El pudor sexual y sus funciones	81
1. El rendimiento primario del pudor sexual	82
2. El rendimiento secundario del pudor sexual ...	102
3. El rendimiento terciario del pudor sexual	121
5. El pudor anímico y corporal en el hombre y en la mujer	139

Apéndices

1. Vergüenza y conciencia, vergüenza y valor-disvalor individual, imagen de sí mismo-imagen ajena, vergüenza y sentimiento de honor, arrepentimiento, sanción religiosa	147
2. Persona y sí mismo, conciencia de sí mismo, orgullo, vanidad, modestia, humildad	151
3. Honor y sentimiento de honor	155

PRESENTACIÓN

Íngrid Vendrell Ferran

El pensamiento de Max Scheler (1874-1928), aunque fuertemente influenciado por la fenomenología husserliana, puede clasificarse de ecléctico. Iniciado en el neoidealismo de R. Eucken, pronto se dio cuenta de que dentro de los límites de esta corriente filosófica era imposible hallar una solución satisfactoria a las cuestiones éticas que venían ocupando al filósofo muniqués desde su tesis doctoral y su habilitación. La conciencia de esta limitación hizo que se interesara por autores tan dispares como Agustín de Hipona, Pascal y Nietzsche, y se sintiera atraído por la filosofía de la vida de Dilthey y de Bergson, hasta entrar en contacto con la fenomenología de Husserl. El descubrimiento de la fenomenología husserliana y la aplicación creativa y poco ortodoxa del método fenomenológico –comprendido como metodología aplicable a las más variadas áreas de las ciencias humanas– dio un nuevo impulso y orientación a sus preocupaciones éticas, cosa que le permitió acceder a la hasta entonces algo ignorada esfera de lo emocional y le convirtió en una de las figuras decisivas del movimiento fenomenológico.

El texto que presentamos en este volumen es uno de los resultados más afortunados del encuentro de los intereses de Scheler con la fenomenología. *Sobre el pudor y el sentimiento de vergüenza* fue escrito en 1913, el mismo año en que escribe *Zur Rehabilitierung der Tugend* («La rehabilitación de la virtud»), *Zur Phänomenologie und Theorie der Sympathiegefühle und von Liebe und Hass* (obra ampliada en 1923 como *Esencia y formas de la simpatía*) y la primera parte de

su *Ética*, que concluirá en 1916 con la parte segunda. Se trata de un periodo muy fructífero de la vida de Scheler, etapa iniciada en 1912 con la publicación de *Los ídolos del autocoñocimiento* y el *Resentimiento en la moral*, sus primeros ensayos fenomenológicos sobre las emociones, y que continúa en 1914 con el primer manuscrito de *Ordo Amoris* y se prolonga hasta 1917 con *Reue und Wiedergeburt* («Arrepentimiento y renacimiento»). Será justamente en estos años de gran productividad cuando elabore su teoría sobre la ética del valor y sobre la persona.

Para alcanzar una comprensión adecuada de este ensayo sobre la vergüenza y el pudor es necesario partir del hallazgo más importante de la compleja teoría ética de los valores y de las emociones de Scheler, la tesis de que no todos los sentimientos tienen la misma cualidad ni pertenecen al mismo nivel de la vida afectiva, sino que se distribuyen según su profundidad por capas o estratos que van de lo más sensible a lo más espiritual con sus correspondientes valores. A la primera de estas capas o estratos pertenecen los sentimientos sensibles o sensaciones afectivas (según la terminología de Stumpf¹), un tipo especial de sensaciones que, a pesar de que aparecen vinculadas con sentimientos y tienen un objeto, no son intencionales. Su principal característica es que pueden localizarse espacialmente en el cuerpo y que su referencia al yo es muy indirecta. A este estrato pertenecen el dolor puramente corporal, el bienestar corporal (en sus formas específicas del cosquilleo, comezón y sensaciones sexuales), la agradabilidad y desagradabilidad ligadas a sensaciones de los sentidos y a temperaturas, olores, gustos, tonos y colores, las pasiones y las reacciones, y los valores correspondientes de lo agradable y de lo desagradable, de lo útil e inútil.

A la segunda capa o estrato pertenecen los sentimientos corporales (como estados) y los sentimientos vitales (como

1. Cf. C. Stumpf, *Gefühl und Gefühlsempfindung*, Verlag von Johann Ambrosius Barth, Leipzig 1928.

funciones), ambos representados por sentimientos de salud y de cansancio que, a pesar de tener una relación con el cuerpo, carecen de una localización concreta. Su función principal consiste en señalar la significación valiosa de los procesos que ocurren en nuestro cuerpo y a su alrededor. Son los encargados de hacernos sentir la vida en su ascenso o su decadencia, enfermedad y salud, peligro y porvenir, y como tales anticipan los valores de lo noble y lo vulgar, de la habilidad y la eficiencia.

Al tercero de estos estratos pertenecen los sentimientos anímicos o puros que no están vinculados con el cuerpo, sino con el yo psíquico, como la alegría y la tristeza, y que presentan los valores éticos (justo e injusto), estéticos (bello y feo) y del conocimiento (verdadero y falso). Finalmente, forman parte de la cuarta capa o estrato los sentimientos espirituales o sentimientos de la personalidad, tales como la beatitud y la desesperación, los valores de lo sagrado y lo profano.

Al igual que la angustia, el miedo, el asco, el apetito, la aversión, la simpatía y la repugnancia vitales, la vergüenza es un tipo de sentimiento que pertenece al segundo de estos estratos de la vida afectiva. Como sentimientos anticipadores de valores vitales su importancia para la ética resulta crucial, de modo que, junto con otros fenomenólogos que estaban conformes con esta clasificación de la vida emocional², Scheler dedicó buena parte de sus estudios fenomenológicos a investigar este tipo de emociones. En concreto, centró su interés en la vergüenza, el resentimiento, el arrepentimiento y la humildad.

2. Cf. M. Geiger, *Beiträge zur Phänomenologie des ästhetischen Genusses* («Contribuciones para una fenomenología del placer estético»), en *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung* I, 567-884, Max Niemeyer Verlag, Tübingen 1974; Id., *Zum Problem der Stimmungseinfühlung* («Sobre el problema de la empatía de disposiciones de ánimo»), en *Zeitschrift für Ästhetik* VI, 1-42; Id., *Das Bewusstsein von Gefühlen* («La conciencia de sentimientos»), en *Münchener Philosophische Abhandlungen*, 125-162. Cf. también A. Kolnai, *Der Ekel*, en *Jahrbuch für*

El análisis de la vergüenza que presentamos aquí constituye un magnífico ejemplo de análisis fenomenológico de la vida emocional. Las tesis que Scheler defiende en este ensayo pueden resultar un tanto peculiares por rechazar todo tipo de explicaciones positivistas, psicoanalíticas y evolutivas sobre la vergüenza, las cuales intentan reducirla a un sentimiento inculcado por la sociedad y sólo posible ante los demás. El análisis en detalle realizado por Scheler presenta la vergüenza como sentimiento anticipador de valores, de tal suerte que la vergüenza, tanto si es corpóreo-sensible como anímico-espiritual, y tanto si se tiene ante sí mismo como ante los demás, cumple la función de proteger al individuo y recogerlo orientándolo hacia valores positivos de sí mismo. Esta tarea la lleva a cabo, por un lado, excluyendo la posibilidad de mezcla con una vida que no se corresponde al individuo y a sus valores, al intervenir en la formación del impulso sexual y en la dirección de la libido hacia otros seres, al participar en la elección sexual de modo que esta esté acompañada de amor desplazando el momento de la primera satisfacción del impulso sexual normal y regulando los actos sexuales, y contribuyendo así al crecimiento meliorativo, y finalmente jugando su papel dentro de las relaciones sexuales mismas. Y por otro lado, la vergüenza también se encarga de mantener la individualidad frente a la disipación, de hacer que aquello que pueda suscitar vergüenza permanezca por debajo del umbral de la conciencia, propiciando así la pureza de la vida de fantasía. La vergüenza es, por tanto, un regulador del sentido interno, capaz de dirigirnos hacia nosotros mismos en nuestra profundidad.

Sobre el pudor y el sentimiento de vergüenza aparece aquí por primera vez traducido al castellano. Y si bien es una obra

Philosophie und phänomenologische Forschung X, Max Niemeyer Verlag, Tübingen 1974, 119-175 (versión cast.: *El asco*: Revista de Occidente 26 [1929] 161-201 y 294-347); *Der Hochmut* («El orgullo»): *Philosoph. Jahrbuch der Görres-Gesellschaft* 44/2 (1931) 153-331; y *Versuch über den Hass* («Ensayo sobre el odio»): *Philosoph. Jahrbuch der Görres-Gesellschaft* 48, 2/3 (1935) 147-187.

que ha quedado eclipsada por los textos mayores de Scheler, creemos sin embargo que su edición llega en un buen momento, pues desde hace algunos años existe un renovado interés –en diferentes campos de las ciencias humanas y sociales– por la cuestión de la vida afectiva y de las emociones y su relación con la ética. Su lectura, sin duda, puede ofrecer nuevas perspectivas que vengán a enriquecer los planteamientos y discusiones actuales sobre lo emocional.

SOBRE EL PUDOR
Y EL SENTIMIENTO DE VERGÜENZA

Introducción: El «lugar» del pudor y el modo de existencia del hombre

Las singulares dificultades con las que una fenomenología de la vergüenza y del pudor ha de enfrentarse tienen su fundamento en la cosa misma. En cierto modo este sentimiento pertenece al claroscuro de la naturaleza humana. El peculiar puesto y la situación del hombre en la gran jerarquía de los seres del mundo, su situación entre lo divino y lo animal, en ningún sentimiento se pone de manifiesto de manera tan clara, tan aguda y tan directa como en el sentimiento de la vergüenza. Su verdadero «lugar», ya a primera vista, parece ser el contacto vivo, que en el ser humano ha llegado a existir entre el *espíritu*, es decir, la quintaesencia de todos los actos supra animales –pensar, contemplar, querer, amar y su forma de ser, la «personalidad»–, y los *instintos vitales* y sentimientos vitales, que sólo son gradualmente diferentes de los de los animales. Al animal, que comparte tantos sentimientos con el hombre –temor, miedo, asco, incluso celos–, parece faltarle, pues, según todas las observaciones realizadas hasta ahora, el pudor y una determinada expresión de este¹. Sería francamente absurdo imaginarse una «divinidad que se avergonzara». Sólo mientras una claridad de conciencia limi-

1. Los ejemplos citados por H. Ellis en *Geschlechtstrieb und Schamgefühl* («Impulso sexual y pudor»), Würzburg 1907, para la expresión de la vergüenza en los animales (por ejemplo, la perra que se sienta firmemente en el suelo delante del perro que la corteja), pertenecen sin excepción a la rítmica de la coquetería ampliamente extendida en el reino animal, que –como lo que sigue nos enseña– no debe confundirse con la vergüenza y la expresión de la vergüenza. El comportamiento de algunas

tada a los hombres –que frente a la totalidad de todos los instintos y necesidades vitales representa un fenómeno de superabundancia² y que está, por principio, libre de la tarea de esclarecer las posibles reacciones vitales respecto del medio– esté simultáneamente ligada a la vida de un organismo de manera existencial e influya sobre los movimientos de esta vida, puede darse la *condición fundamental* para la esencia del pudor.

Antes de toda consideración de la rica multiplicidad de manifestaciones de la vergüenza y del pudor, permítaseme ya aquí aludir a la última ley de su origen. Prescindamos de todos los contenidos particulares «por» los que nos avergonzamos o los que pueden «suscitar vergüenza» y de todas las relaciones que pertenecen a una vivencia de vergüenza, como el avergonzarse «ante alguien». Entonces la envoltura, el «halo», por así decirlo, de la impresión de vergüenza parece estar adherido al vivenciar peculiar que siempre está dado cuando alguna de las intenciones espirituales más arriba citadas (que, vivamente ejecutada, está perdida en contenidos y metas puramente prácticos y suprabiológicos de todo tipo) en ocasión de un repentino *giro* de la atención al *cuero vivo*, siempre dado de manera oscura, se encuentra encadenada a una existencia animal estrechamente delimitada en términos espaciales y temporales con toda la multitud de sus necesidades. Imaginémonos a un artista creador que está absorto en su actividad. En la medida que él esté así, su «yo», su «cuerpo vivo» no le está dado de ningún modo como punto de partida de esta intención. Viviendo *en* los actos en los cuales capta uno por uno los valores y los contenidos de ima-

aves rapaces, como «base naturell à la pudeur», de esconderse al beber agua, para que al tener la cabeza y el pico en el agua, se queden sin defensa en ese momento, tampoco tiene que ver ni lo más mínimo con la vergüenza, según cita Stendhal en *De l'amour*, cap. XXVI.

2. Cf. para esto las muy esclarecedoras explicaciones de C. Lloyd Morgan en su libro *Instinkt und Gewohnheit* («Instinto y hábito»), Berlín 1909, 294ss.

gen y los realiza representándolos, vive también toda su persona en un mundo cuyos contenidos, cuyo «sentido» y legalidad, cuyas «exigencias» perceptibles, cambiantes de un instante a otro («así debe ser»: aquí sombra, aquí rojo), no tienen que ver ni lo más mínimo con el hecho objetivo de que aquí un hombre determinado llamado tal y cual, sometido a todas las leyes de la naturaleza, de mil modos dependiente del conjunto de todas las relaciones causales reales de las cuales él es miembro, está ante el cuadro o el mármol. Y, de repente, ahora su conciencia atenta dirige su mirada –por cualquier razón– a la totalidad de estos hechos. Él ve y vivencia el acto que hasta hace poco estaba perdido en el mundo de un «sentido» con una regularidad propia, «como partiendo de», «como ligado a» aquella individualidad corporal limitada y dependiente. O tomemos un amante «absorto» ahora en el valor del objeto amado, o un estudioso que «absorto» en una conexión de sentido, por ejemplo, en un problema matemático, ejecuta justamente esta vuelta.

No digo que con todas estas vivencias o con vivencias de esta esencia ya esté necesariamente dado el pudor. Pero con ello sí se ha delimitado una *esfera*, se ha determinado un *lugar* ideal en el cual este sentimiento puede emerger por sí y en el cual está, por decirlo así, «en casa». Con independencia de lo cualitativamente diversas que nos imaginemos vivencias de esta esencia, siempre y necesariamente está contenido en ellas el vivenciar de un tipo de *conflicto*, que de la mejor manera se puede designar como el conflicto entre, por un lado, la pretensión *esencial* y el *sentido* propio de aquellos actos y de su punto de partida personal –según su esencia– y, por otro lado, su *modo de existencia* concreto y real.

Una forma determinada de esta vivencia de conflicto –pues todavía puede haber más– me parece representar la raíz de aquel oscuro y singular sentimiento de *vergüenza* y del momento de «asombro», de «desconcierto», por así decirlo, que siempre está dado en ella, del momento de la vivencia de oposición entre algo que «debe ser» idealmente de algún mo-

do y algo «efectivo». Tal vez, en las vivencias de este tipo se halla un último fundamento para las múltiples variantes que ha encontrado en el mito religioso la idea de una «caída», a partir de la cual el ser humano abandonaba aquella altura en la que, como dice el mito del Antiguo Testamento, le estaba permitido el atrevimiento de verse y sentirse como «imagen de Dios». Y si además de un modo especial el mito del Antiguo Testamento inmediatamente después de la «comida del fruto», como la variante concreta dada aquí del pecado original, fija el origen del pudor con las palabras: «Entonces se les abrieron ambos ojos y conocieron que estaban desnudos, y entrelazaron hojas de higuera y se hicieron ceñidores» (*Libro del Génesis 3, 7*), así en este caso el mito con su oscuro y gráfico estilo, a su manera se corresponde exactamente con lo que nosotros queremos decir. Por tanto, pertenece a la condición fundamental del origen de este sentimiento algo así como un desequilibrio y una *discordancia del hombre* entre el sentido y la pretensión de su persona espiritual y de su necesidad corporal. Sólo porque pertenece a la esencia del hombre un cuerpo vivo, puede hallarse en la situación de *tener que avergonzarse*; y sólo porque vivencia su ser persona espiritual como esencialmente independiente de semejante «cuerpo vivo» y de todo lo que pueda proceder de él, es posible que se halle en la situación de *poderse avergonzar*.

Por esta razón, en la vergüenza entran en contacto de una forma singular y oscura «espíritu» y «carne», eternidad y temporalidad, esencia y existencia. Todos los diversos tipos y formas del pudor que vamos a diferenciar, todas las particularidades de contenidos «a partir de los cuales» se despierta —y que cambian de manera inconmensurable históricamente, regionalmente, de hombre a mujer, de una edad a otra—, todas las relaciones personales que están contenidas en su vivencia de avergonzarse «ante» alguien, tienen este *gran, único y sumamente general trasfondo*: que el hombre en lo profundo se siente y se sabe como un «puente», como un «tránsito» entre dos órdenes de ser y esencia en los que está enraizado por

igual, y de los que no puede prescindir ni un segundo para seguir llamándose «hombre». De ahí que ninguna esencia que exista y viva más allá de este puente y este tránsito, ya sea en una dirección o en la otra, pueda poseer este sentimiento: ningún Dios ni ningún animal pueden avergonzarse. Pero el hombre tiene que hacerlo. Y no por esta o aquella «razón», no en primer lugar «frente» a este o aquel, sino como este *tránsito mismo* concebido en un movimiento continuo. En último término, se avergüenza de sí mismo y «ante» el Dios que hay en él.